

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XI.

DIRECTOR PROPIETARIO:

Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio 53.

COLABORADORES:

Todos los suscritores.

NÚM. 463.

MURCIA 9 DE MARZO DE 1899.

La Juventud Literaria

AVISO

Por haberse roto la prensa donde se imprime este periódico, no pudimos publicarlo a su debido tiempo.

El número de hoy jueves corresponde al del domingo 5 del actual.

Este retraso de cuatro días suplicamos nos dispensen nuestros constantes favorecedores.



A LA LINDA RUBIA

TERESA GARCÍA CASTILLO.

TU BOCA

Sablimas inspiraciones
venid en la ayuda mía...
ayudadme en este día
para hacer de mis canciones
una dulce melodía.

Acudid bellos colores
de nuestra naturaleza,
prestadme vuestros primores,
y la sublimes belleza
de los matices mejores.

Pues quiero estar inspirado
cual los grandes trovadores,
que mi pecho enamorado
quiere sus cantos mejores
para un ser idolatrado.

Para un ser por quien deliro
con toda mi vida y alma,
para un ser por quien suspiro,
para el ser que más admiro,
para el que me dá la calma.

¿Qué podrá la musa mía
espresar en este día?
¡Saldrá todo sin colores,
carecerá de alegría,
más... cantaré mis amores!

Es tu boca encantadora
de gracias un gran portento;
es una caja sonora

de música halagadora
cuyas notas lanza al viento.

Es una joya cerrada
por dos filas de diamantes,
pues tus dientes, niña amada,
son de tu boca brillantes
con los que se halla adornada.

Es una flor seductora
que a mi pobre humana mente
presta ilusión soñadora...
es un estuche esplendente
tu boquita seductora.

¿Que esta descripción es poca?
Bien lo sé, linda Teresa,
pero está mi mente loca
y no puedo dar más que esa
descripción para tu boca.

F. CAMPOY PEÑA.



¡COQUETA!

¿Que me quieres?... ¡mentira!
¡aléjate, por Dios, ya de mi lado!...
¡esos ojos de mí, niña, retíral!
no digas que suspira
aún tu pecho por mí... ¡me has engañado!

¿Porqué finges así?...
No, no te escucho; en vano tu porfía;
¡márchate ya de aquí!...
no se diga jamás que yo accedí
á un cariño falaz, que conocía.

Rechaza mi conciencia
tu amor, ¿lo has entendido?
Lo quiero verdadero, sin tendencia,
á amargar como el tuyo la existencia;
¡no quiero amor fingido!

Déjama ya; no siga
tu labio que al mentir nada respeta;
¡vaya, serás mi amiga
si antes quieres oír lo que te diga!
¡Coquetonal, coquetonal!

A VIVO SANCHEZ.



UN MINISTRO EN LA NIEVE

El día 2 de Febrero de 1820 se levantaron todos en casa impresionados por el ruido que producía el viento huracanado y los remolinos de nieve que arrojaban sin cesar los próximos ventisqueros de la montaña.

Nuestra casa no era muy fuerte, y retemblaba en sus pilares de madera como un barco azotado en medio de los mares.

Yo, que entonces tenía siete años, me había refugiado cerca de la chimenea, y atizaba con todo esmero la lumbre para neutralizar el frío, cada vez más intenso, que sentimos.

A eso de las dos de la tarde estaba nuestra casa materialmente enterrada en nieve, y el huracán se desencadenaba con estrépito por encima de nuestras cabezas.

Mi madre rezaba. Mi padre ajustaba unas cuentas, que copiaba del libro de arrendamiento. Mi abuelo... el pobre creo que rezaba también, y yo, con los ojos espantados, tritaba de frío y también de miedo.

Todo aullaba, silbaba ó gemía fuera, desde el viento hasta las ramas de los árboles, y nuestro ganado, que desde el cercano establo nos enviaba el discordante eco de sus balidos.

En medio de tan espantoso estrépito nos pareció oír gritos humanos y voces angustiadas pidiendo socorro, y nosotros, que casi estábamos tentados de hacer lo mismo, nos quedamos al oírlos helados de espanto. ¿Qué podía ser?

Mi madre decía:
—¡Alguien hay en el camino que necesita auxilio!

—Si... si... ¡repelíamos todos, pero nadie se movía, pues la voz del huracán lo ensordecía todo.

Al fin, mi padre se levantó de su asiento, y llamando por la esclera á los criados, se decidió á salir al camino real, no sin antes tomar todo género de precauciones.

Mi abuelo quiso seguirle, y yo guiado por esa curiosidad infantil, quise ir también agarrado á la chaqueta del abuelo, no sin librar antes una batalla con mi madre, que veía tranquila salir á su marido y á su suegro, pero que calificaba de «enorme locura» que saliese

su hijo... lo cual no sería justo; pero es muy propio en todas las madres.

Aunque el viento había caído algo, el tiempo seguía amenazador y caían gruesos y continuados copos de nieve.

Todos íbamos en hilera, uno detrás de otro, procurando seguir el camino que, á través de la nieve, seguía mi padre, que iba á la cabeza.

A fuerza de mirar en la brumosa atmósfera, apercibímonos á la derecha en lo alto de la carretera, un carruaje volcado y de cuyo interior partían gemidos y gritos ahogados.

Los caballos habían caído en una zanja y se hallaban casi cubiertos de nieve á imposibilitados de hacer el menor movimiento, y el cochero yacía un poco más abajo, totalmente privado de conocimiento.

Al punto organizamos los señores, y después de no pocos esfuerzos con las palas para separar la nieve amontonada, pudo mi padre retirar del fondo del carruaje algo oscuro, negro, que se destacaba sobre la blancura de la nieve, pero que no cesaba de gemir y suspirar fuertemente: era un hombre madro vestido de clérigo, pues llevaba hopalanda y media negra, zapatos con hebillas de plata, y que se envolvía en una magnífica manta de piel de nutria.

Una vez organizado el cortejo, volvimos á casa, llevando dicho sujeto y al cochero, privado aún de sentido en los almohadones del carruaje, atravesados en una escalera, á guisa de parihuelas.

La desolación de mi madre no tuvo límites al ver aquello, y no se dió punto de reposo, acudiendo, ya al uno, ya al otro con tazas de tisana, ponches bien humeantes, mantas calientes, en una palabra, con cuanto le sugería su buen deseo para reanimar á aquellos infelices viajeros.

Por fin lo consiguió, y la pobre se consideró pagada de todos sus cuidados cuando los primeros síntomas de una saludable reacción se percibieron claramente en sus semblantes.

—¡El Señor ha tenido piedad de nosotros!—dijo mi madre juntando devotamente las manos.

—¿Como os sentía... caballero?—añadió dirigiéndose al caballero de la hopalanda.

Una mueca, que defiguró su rostro de viejecillo consumido ya bastante feo,

